



La cofradía de trabajadores errantes que siempre viajaba en tren sin pagar billete

Rescatada “Boxcar Bertha”, la novela que recrea la vida de los hobos, los obreros que recorrían EE UU a principios del siglo XX siguiendo las líneas férreas

◆ Eugenio Fuentes

“Había cumplido mi propósito: había realizado todo lo que me había propuesto en la vida. Había querido saber lo que se sentía al ser una hobo, una radical, una prostituta, una ladrona, una reformadora, una trabajadora social y una revolucionaria. Ahora ya lo sabía y me estremecí”. Así, en apenas medio centenar de palabras, resume hacia 1936 Bertha Thompson su vida como “hermana de la carretera”. Thompson, más conocida como Boxcar Bertha, tenía entonces unos 30 años y se había pasado los últimos quince, la mitad de su vida, viajando de una esquina a otra de EE UU. Siempre en los márgenes de la sociedad. Siempre sirviéndose de los vagones cerrados de los trenes de mercancías (“boxcars”, de ahí su apodo) como medio gratuito de desplazamiento.

En realidad, Thompson sólo viajó en las páginas del volumen al que da nombre, que ahora traduce al castellano la editorial riojana Pepitas de Calabaza con esclarecedores prólogo y epílogo de Laurent Jeanpierre. Porque aunque su subtítulo, “Autobiografía de una hermana de la carretera”, haya movido a menudo a confusión, “Boxcar Bertha” no es un libro de memorias sino la novela con la que el norteamericano Ben Reitman dibujó en 1937 un preciso retrato del movimiento hobo, la hoboemia. Una dispar combinación de trabajadores itinerantes, vagabundos, revolucionarios, delincuentes y marginales de todo tipo que entre las décadas de 1890 y 1930 recorrió Estados Unidos a lomos del caballo de hierro o, en su defecto, del pulgar de los pioneros del autostop.

A decir verdad, no está nada claro el origen del término hobo, cuyo auge corre paralelo a la edad de oro de los movimientos re-

volucionarios estadounidenses, de fuerte impronta anarquista, con los que mantienen numerosos vínculos, en particular con el sindicato IWW (Industrial Workers of the World o Trabajadores Industriales del Mundo), que, pese a la intensa represión que sufrió, gozó de gran pujanza hasta que la entrada de EE UU en la I Guerra Mundial permitió atacarlo sin contemplaciones bajo la acusación de complicidad con el enemigo.

Para unos, hobo vendría de “hoe-boy” (temporero agrícola), mientras que para otros sería la simple contracción del saludo “ho, boy” o de la expresión “homeward bound” (vuelta a casa). Comoquiera, lo que sí está claro es que los hobos fueron muchos cientos de miles, que eran de raza blanca y que, entre ellos, las mujeres representaban entre un 5 y un 10 por ciento.

Por lo demás, y pese a la alegre mitificación de sus vidas como sinónimo de libertad en estado puro, lo cierto es que ser hobo era muchas veces peligroso. Aparte de los accidentes sufridos al subir o bajar de los vagones de carga, la presión de los trabajadores y los agentes de seguridad del ferrocarril, por no hablar de la policía más pura y dura, no contribuían a facilitarles una vida en la que el frío, el hambre y las enfermedades llevaban plaza de asiento.

Esta presión externa desarrolló los vínculos de cohesión entre la hoboemia, cuyo centro neurálgico se sitúa en Chicago, santuario de las primeras luchas obreras estadounidenses, salvajemente reprimidas a golpe de dinamita y ametralladora. Los hobos, que ya en la década de 1920 empezaron a llamar la atención de sociólogos como el pionero Nels Anderson, constituían una compleja estructura contracultural, una cultura paralela con sus códigos de comunicación

le convirtieron en el galeno de los vagabundos, los mendigos, las prostitutas, los drogadictos y, en suma, todas las variantes del lumpen. Abortista militante, desarrolló una intensa actividad en pro del control de la natalidad, que en 1916 le valió seis meses de cárcel.

Su conciencia política se despertó hacia los 28 años en un mitin de una organización de asistencia para hobos fundada por otro “rey”, James Eads How, vástago de una muy buena familia conocido como “el hobo millonario”, que fue quien puso en marcha en 1913 la Universidad Hobo, cuya rama de



Dos hobos caminan por la vía del ferrocarril tras ser expulsados de un tren. | LIBRARY OF CONGRESS

Un médico “exótico y primitivo” que se echó a la carretera a los 12 años

Ben Reitman, autor de “Boxcar Bertha” y galeno del lumpen, fue un abortista militante al que la defensa del control de la natalidad le costó seis meses de cárcel

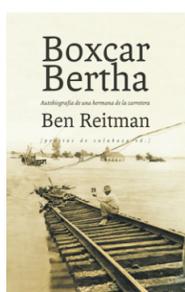
◆ E. F.

A Ben Reitman (Saint Paul, Minnesota, 1879-Chicago, 1943) le gustaba calificarse de rey de los hobos, aunque no era el único que se adjudicaba el título. Nacido en una familia humilde de judíos de origen ruso, a los 12 años ya estaba en la carretera. A los 15 ya había pisado la cárcel y antes de cumplir los 20 había viajado por Europa y África. Obviamente, entre sus costumbres no figuraba la de pagar billete.

De regreso a EE UU, cuando desfloraba la veintena, hizo estudios de Medicina que



Ben Reitman, hacia la década de 1930.



Boxcar Bertha
Ben Reitman

Ed. Pepitas de Calabaza
288 páginas

Chicago sería impulsada algunos años más tarde por Reitman.

En 1908 se produce un encuentro clave en su vida. Conoce a la anarquista y feminista Emma Goldman (1869-1940), de la que será compañero y agente durante nueve años en los que su anclaje emocional se encontrará más en Nueva York que en Chicago. El contacto con Goldman, que un día le definió como un ser “exótico y primitivo”, hará que su formación política madure en la órbita del sindicato revolucionario IWW. Sin embargo, nunca encajó bien con los anarquistas de la Gran Manzana, a los que veía como conspiradores de café.



Los hobos eran una contracultura, con sus propios códigos, redes asistenciales y centros de formación y debate

Ejército de reserva del capitalismo que llegó a contar con cientos de miles de miembros, se extinguió con el New Deal de Roosevelt

propios, sus redes asistenciales, sus convenciones, como la que anualmente se celebraba en Britt (Iowa), y sus centros de formación y debate. El más influyente fue la Universidad Hobo, en la que la instrucción política revolucionaria se combinaba con la transmisión de todo tipo de saberes de resistencia, buena parte de ellos, claro, de naturaleza delictiva.

La cuestión de la delincuencia, tan proclive a trocar en mohín cualquier atisbo de simpatía biempensante, lleva necesariamente a establecer algunas distinciones en un movimiento tan complejo como la hoboemia. Así, los especialistas han insistido siempre en diferenciar entre los hobos en sentido estricto, que eran los trabajadores itinerantes que se desplazaban siguiendo sobre todo las vías férreas; los “tramps”, que sólo trabajaban cuando no les quedaba más remedio, y los “bum”, que nunca trabajaban. Lo habitual es que desde el Medio Oeste y Chicago, donde podían llegar a juntarse hasta 200.000 vagabundos en los meses más fríos, los trabajadores se desplazasen en verano hacia el Oeste, en busca de faena en el agro, la industria o la construcción del ferrocarril. En invierno, un movimiento inverso los devolvía a campamentos y albergues del Medio Oeste.

En su documentado prólogo a “Boxcar Bertha”, Laurent Jeanpierre explica en estrictos términos de análisis socioeconómico la naturaleza de los trabajadores hobos: son la periferia de la clase obrera sedentaria, alimentada por la enorme expansión del ferrocarril. Dicho en otros términos, los hobos son el ejército de reserva del capita-

lismo. Visto así, son fáciles de entender las causas de su decadencia y extinción. El declive de la hoboemia se iniciará en la década de 1920 cuando, al tocar techo el tendido de nuevas vías férreas y conocer su auge la mecanización de las explotaciones agrarias, se acentúa la sedentarización de la clase obrera. Además, para entonces el sindicalismo revolucionario, perseguido y criminalizado, goza ya de muy mala salud.

En cuanto a la extinción, llegará con la crisis de 1929. En esos años ya podía verse cómo los trabajadores que se desplazaban en masa hacia el Oeste tenían otras características: son familias enteras de desposeídos y viajan en sus propios coches proletarios. Curiosamente, la puntilla se la da a los hobos el asistencialismo estatal implícito en el New Deal de Roosevelt. “La guerra contra la pobreza llevada a cabo por este”, apunta Jeanpierre, “es también una guerra contra los pobres, contra su posible politización y contra su rebelión potencial”.

Es precisamente en esta coyuntura de extinción cuando Ben Reitman, que se había iniciado como hobo a los 12 años y estaba ya en los compases finales de su vida, emprendió la escritura de “Boxcar Bertha”, novela-ensayo que, por cierto, inspiró vagamente la película homónima de Scorsesse, segunda de su filmografía. Lo curioso es que, a la hora de escoger un molde para desarrollar su recreación de la hoboemia, Reitman se decidiera por una autobiografía femenina. Curioso porque, en gran parte, “Boxcar Bertha” se alimenta de las propias experiencias vitales de Reitman. Pero no tan curioso al fin, si se tiene en cuenta el contacto que como médico proletario, abortista y maltusiano, tuvo el autor con innumerables mujeres, no pocas de ellas prostitutas, a lo largo de su carrera.

En Bertha, corpulenta y animosa, buena bebedora, propagandista del amor libre, revolucionaria, incansable en su afán de conocimiento, se funden al parecer al menos tres de las varias mujeres que Reitman conoció a fondo. Y en sus innumerables peripecias se condensan, además de los vaivenes de su propia vida, ricas informaciones obtenidas en miles de charlas de café, prostíbulo, tren, barco y cárcel, además de las revelaciones obtenidas al amparo del secreto de su propia consulta. El resultado es una pieza clave para entender un modo de vida que, aún hoy, cuando los desplazados tienden más a encerrarse en subterráneos que a lanzarse a la carretera, sigue contando con miles de seguidores. Algunos de los cuales, dicho sea de paso, siguen haciéndose llamar hobos.



En 1908 conoció a Emma Goldman, anarquista y feminista, que fue su compañera nueve años y le hizo madurar en política

Fue secuestrado por sicarios antisindicalistas que le emplumaron y le grabaron las siglas IWW en las nalgas con un cigarro

Durante sus viajes de activismo con Goldman fue objeto de atención policial creciente y se convirtió en blanco de los sicarios del antisindicalismo. En 1912, en San Luis, sufrió una brutal agresión: fue se-

cuestrado y sus captores le golpearon, embrearon, emplumaron con artemisa, sodomizaron con una lata, retorcieron los testículos y grabaron las siglas IWW en las nalgas con un cigarro. Además le obligaron a besar la bandera de EE UU y a cantar el himno americano.

Aunque, tal vez por su relación con Goldman, se lo encuentra a veces en las nóminas de anarquistas ilustres, Reitman nunca fue propiamente un ácrata sino más bien un reformador y un filántropo, con grandes dotes de tribuno de los que en su época se llamaban de “cajas de jabón” (soap box), en alusión a los improvisados pedestales desde los que pronunciaba sus alocuciones.

En los años 20 y 30, Reitman se volvió una figura de los medios intelectuales de Chicago, desarrollando gran parte de su actividad en torno al célebre Club del Pepinillo (Dill Pickle Club), foro de librepensadores al que, además de activistas políticos, hobos, científicos, prostitutas y pedigrüños, acudieron figuras de las letras como Upton Sinclair, Sherwood Anderson, Djuna Barnes, William Carlos Williams o Kenneth Rexroth. Reitman falleció de un ataque al corazón en 1943.